

Y a ti, ¿Cómo te suena la vida?

El café sabe amargo esta mañana, más de lo normal. Quizá lo he prensado demasiado, mi madre dice que si lo prensas sale amargo, pero me gusta así. Me da la sensación de que pierde su principal virtud si lo endulzas. Con las personas me pasa igual, cuando pierden su esencia dejan de ser lo que eran, aunque fuesen amargas, eran reales, y cuando dejas de ser real no hay marcha atrás.

Hace ya meses que nos obligaron a parar, a apagar el motor, y nos vimos sumergidos en un mundo que no nos pertenece. A mí me encantaba coger dos líneas de metro para ir a trabajar, salía de casa a menos cinco casi siempre en un intento de puntualidad fallido, aunque el día que se alineaban los astros para los dos metros coincidieran era casi como un milagro, y lo celebraba parándome en el bar de al lado de la oficina a tomar un café. Llegaba tarde igual, pero me inundaba una sensación de eficiencia brutal. Lo echo de menos. Me encantaba mi vida tal y como era.

¿Me encantaba? No lo sé. Ahora que sé que mi vida va a cambiar para siempre me da miedo echar de menos esta. A veces hablo con Lili y le cuento todo lo que me inquieta. A ella no le preocupan esas cosas, simplemente no le da vueltas. Yo si le doy vueltas, se las doy a todo si no estoy ocupada, por eso esto del confinamiento le ha venido fatal a mi cerebro, que estaba inmerso en una desconexión constante de la actividad sensorial, y se dedicaba únicamente a establecer las conexiones justas y necesarias.

Ya llevo treinta y siete días en casa, mi casa no es grande y se hace difícil a veces, lo bueno es que tenía una reserva de libros como para estar leyendo durante un año, y tengo a Lili, claro, muchos no tienen esa suerte, así que no me quejo.

Cuando me enviaron a *teletrabajar* me hizo ilusión, es como *cool*, suena bien. Ahora me suena más a privilegio, porque *teletrabajar* significa trabajar, recibir ingresos, cosa que pocos afortunados hacen a estas alturas de la pandemia. Yo me dedico al sector hipotecario así que el trabajo se ha multiplicado por diez.

El caso es que este confinamiento me ha llevado a hacer una reflexión profunda sobre la felicidad, sobre lo subjetiva que puede llegar a ser y sobre como tus decisiones te pueden cambiar la vida. ¿Se puede decir que se es feliz sin conocer otra vida que la que vivimos a diario? ¿Diría que soy feliz si viviese por un día en una vida con un trabajo mejor, una casa mejor y una cuenta bancaria como para no tener que pensar en nada, y luego tuviese que volver a mi vida? Seguramente hubiera contestado que no antes de vivir una experiencia que cambió mi forma de ver la vida y que os vengo a contar hoy.

A mí siempre me ha gustado mucho viajar, como a todo el mundo vaya, nada extraordinario, pero a los veinticinco, con una carrera y un máster habilitante en abogacía, y la misma voluntad de ponerme a trabajar que el virus de dejarnos disfrutar del verano, cogí unos ahorros que tenía de haber trabajado en una famosa cadena de *fast food* y me fui a Japón a casa de mi amigo Íñigo, que era informático de esos que contrata la INTERPOL para asuntos turbios, pero en este caso trabajaba para el gobierno japonés.

A ver, se lo que estáis pensando, pero Íñigo no se metía en asuntos turbios, al menos al principio. Cuando yo llegué él llevaba dos años trabajando allí y me enseñó lo que hacía. Se dedicaba a asuntos relacionados con el blanqueo, *hackeaba* cuentas y colaboraba con la policía, nada demasiado peligroso.

Los primeros días estuve caminando por las calles de Asakusa. Es el barrio más tradicional de Tokio, plagado de turistas de esos molestos adornados con cámaras de un par de miles de euros, pero a mí me daba igual. Visité el templo Sensoji, me recorrí Nakamise de arriba abajo y me hice una foto con la famosa torre Skytree de fondo, en definitiva, exprimí esa semana al máximo, vi lo que otra persona tardaría dos meses en ver, y como era de esperar, me aburrí.

Mi intención era encontrar un trabajo en cualquier establecimiento del barrio, pero menuda hostia de realidad cuando llegué a la capital, sin saber el idioma y chapurreando cuatro palabras en inglés. Me pasé una semana más entregando currículums, pero nada, no hubo suerte, así que Iñigo me propuso lo que sería la mejor y la peor decisión de mi vida.

Os cuento esta historia porque creo que es importante reflexionar sobre lo que tenemos y lo que somos constantemente, recordar siempre quienes somos y ser fiel a ello, como el café a su amargor. Y las experiencias que vivimos son parte de nosotros, como este confinamiento, una experiencia que para bien o para mal cambiará nuestra forma de ver el mundo y las relaciones interpersonales. Porque olvidar quién eres puede hacerte perder el norte, como me pasó a mí en Tokio hace unos años.

Iñigo me propuso ayudarlo con un asunto un tanto turbio. Le había contactado un miembro de la *yakuza*, lo que viene a ser el equivalente del crimen organizado en España. Sabían de sus contactos y sus habilidades, y le ofrecieron una cantidad ingente de dinero por hackear cuentas y equipos informáticos de altos cargos del gobierno para obtener información, era arriesgado, pero la cantidad de dinero era más que suficiente para no trabajar en nuestra vida, además, ¿Qué me iba a pasar por

aplicar mis conocimientos para gestionar e interpretar unos cuantos datos de la administración pública?

Ahora lo pienso y me da la risa, qué ingenua e inocente se puede llegar a ser con veinticinco años. Cada vez que miro a Lili me acuerdo de Íñigo, de lo jóvenes e insensatos que éramos, de su teoría sobre que las personas sueñan, menos mal que la apunté cuando me la contó, y ahora que tengo tanto tiempo libre la leo de vez en cuando. El otro día se la leí a Juana, la vecina de enfrente, cuando salimos a aplaudir, no sé si la entendió bien, pero Juana se quedó viuda hace unas semanas y le gusta hablar para despejarse, y yo le cuento historias.

El caso es que aceptamos el encargo y nos depositaron 100.000 euros en la cuenta para empezar con la investigación. Nos vinimos tan arriba que nos mudamos a Ebisu, una de las zonas residenciales más atractivas de Tokio, un barrio *súpermoderno* con muchísimas zonas verdes para salir a correr. Viviendo en aquel lugar me sentía poderosa.

Es curioso lo increíblemente deformada que ves la realidad cuando crees saberlo todo en la vida, cuando lo das todo por sentado. Yo creía que era feliz porque tenía dinero y poder, me paseaba por las calles de Ebisu con ropa de marcas que ni siquiera sabía que existían antes de llegar a Japón.

Cuando llevábamos seis meses trabajando para la *yakuza* nos encargaron hackear el ordenador del primer ministro. Querían confirmar sus sospechas sobre unos asuntos turbios en los que estaba involucrado el presidente para amenazarle y poder pactar con el gobierno. A Íñigo no lo he hecho mucha gracia, era un maestro de las intuiciones, y ese trabajo no le sonaba bien.

Lili me recuerda a él, cuando no suena bien significa que algo pasa, que algo no va bien, tiene un radar para las malas decisiones.

Aceptamos el encargo, era extremadamente importante realizar el trabajo en un período inferior a diez días, si tardábamos más, los miembros de la banda se verían en una situación comprometida, y a nadie le interesaba, creedme.

Íñigo era una persona muy optimista, era incapaz de tener un pensamiento negativo. Él tenía la teoría de que las situaciones, así como las personas, te anticipan a los acontecimientos si sabes escuchar. Era músico aparte de una persona extremadamente inteligente, y el hecho de pensar que todo saldría bien constantemente le convertía en una persona sin ningún tipo de miedo, y una persona sin miedo, es muy peligrosa. El caso es que Íñigo sabía si una situación era peligrosa antes de verse involucrado en ella, sabía si una persona era buena o mala sin abrir la boca, se anticipaba, y eso le ofrecía una gran ventaja frente a los demás, en esa virtud yacía su inteligencia.

Cuando aceptamos el trato me dijo una frase que me inquietó, - "Eva, no me suena bien". Yo sabía que tenía una gran intuición, pero en aquel momento pensé que tenía miedo, era para tenerlo, pero él siempre me había animado a aquello, y ahora que estaba flaqueando él y no yo, debía ser la que lo animase a continuar, era lo justo, lo correcto.

Su teoría sobre los sonidos le venía desde pequeño, había ido al conservatorio y había finalizado las Enseñanzas Profesionales de Música, por eso tenía un sexto sentido. Me explicó que las personas suenan como los instrumentos, es su energía, emite unas vibraciones que son capaces de ser percibidas si se practica lo suficiente. Al principio no lo entendí, pero cada vez que tenía una duda sobre alguien me animaba

a entrenarme en su habilidad, es raro, pero creo que lo acabé comprendiendo, al menos a mi manera, nos convertimos en cómplices de intuiciones.

Durante este confinamiento he estado practicando, porque nunca se es lo suficientemente buena en esto, y no sabes de cuánto te puede salvar tu intuición. He practicado con Juana, la observaba desde la ventana de mi cocina los primeros días de cuarentena, porque desde ahí se ve su salón. A mí me sonaba como a *Mediterráneo*, de Serrat, y esa canción es un himno, pero lo comprobé más adelante cuando falleció su marido, porque el mismo día, ese día que la gente dedica a llorar y lamentarse por su gran pérdida, se lo pasó haciendo un bizcocho de zanahoria para repartir a la hora de los aplausos, ahí confirmé que todavía no me fallaba mi intuición, la intuición de Íñigo, y nuestro gran método secreto. Un himno se define como un canto positivo que expresa sentimientos de alegría y celebración, así que Juana es un himno.

Se acercaba el día y no habíamos sido capaces de descifrar el sistema hasta la fecha, era impenetrable, nunca nos había pasado, él siempre accedía en menos de un par de horas y entonces entraba yo en juego, seccionando y clasificando la información para referírsela a un número codificado que pertenecía a algún miembro de la mafia cuya identidad nunca había sido revelada, nunca habíamos fallado.

El día nueve nos llegó un mensaje del número al que solíamos enviar los datos, daba muy mal rollo porque era una cuenta atrás, un contador que iba disminuyendo sus segundos mientras lo mirábamos paralizados. Íñigo lo miró, apagó el móvil y me dijo: -Tenemos que irnos.

Se me encoge el cuerpo de pensarlo, así que voy a parar porque ya casi es la hora del aplauso y Juana me espera en el balcón. Además, voy a merendar un trozo

de bizcocho. Por la tarde no solía merendar porque iba al gimnasio, y mucho menos bizcocho, pero al estar tanto tiempo encerrada entre estas paredes no puedo evitarlo, atraco la cocina cada dos por tres. Ya lo dejaré cuando volvamos a la normalidad.

Cuando volvamos a la normalidad es una frase con un poder mental increíble ¿no lo creéis? Es como la excusa perfecta, todo es válido porque lo dejaremos de hacer “cuando volvamos a la normalidad”. A veces siento que el ser humano necesita un mantra para mantenerse encendido, para mantener la esperanza o la ilusión. Un “cuando llegue el verano” o un “cuando tengamos dinero” nos hace aferrarnos a una realidad ficticia, y nos impide disfrutar del momento presente, que es sin duda el único auténtico y verdadero.

Cuando Íñigo me dijo aquellas palabras, no supe qué responder. Había conseguido una vida que me gustaba, en la que era feliz, o eso creía. Tenía mi casa en uno de los barrios mejor situados de la capital de Japón, mis coches, restaurantes de lujo...No quería huir, huir significaba perder todo aquello, y no estaba preparada.

Él me conocía, sabía que estaba dispuesta a arriesgarme por aquella vida, pero él siempre fue mucho más prudente, tenía tanto talento que conseguiría rehacer su vida y ganar más dinero en cualquier otra parte. Al fin y al cabo, yo no corría peligro. Él era el único vinculado a la mafia, nunca había mencionado mi nombre para protegerme y no me harían nada si fuesen a buscarlo a él.

Lili sale siempre al balcón conmigo. A Juana le encanta escucharla. También a muchos vecinos, y yo, bueno, a veces me da por cantar.

Es increíble la solidaridad que brota de lo más profundo de nuestras entrañas cuando sentimos que hay algo que nos une, en este caso, el incansable anhelo de volver a sentirnos seres sociales, de interactuar, de tocarnos y abrazarnos. Es triste

que tenga que suceder algo así para que uno conozca a sus vecinos, ayude a un anciano a hacer la compra o llame a sus seres queridos todos los días para ver si están bien, pero a la vez es reconfortante. Es alentador recordar que no somos máquinas, que tenemos sentimientos y que el amor y la esperanza son los motores de todo.

Por eso a Juana le gusta Lili, y le gusta que yo cante, porque desde que estamos encerrados en casa, muy lejos de haber silencio, hay un ruido muy bonito, el mundo suena bien, a mí me suena a *Viva la vida* de Coldplay cuando salgo a aplaudir, cuando mi vecino adolescente saca su mesa de mezclas y todo el mundo le grita "otra", cuando la vecina del sexto me trae cava para brindar a las ocho porque su hija cumple cinco años, todo eso me suena bien, me suena a vida, seguro que a Íñigo le sonaría igual.

Entonces me quedé, no sé si fue una buena decisión, pero era lo que quería y así lo hice. Íñigo se fue y no me quiso decir a dónde por seguridad. Me dejó la mitad del dinero que teníamos y acordamos que si venían al piso les diría que lo alquilé hace poco y que el antiguo inquilino se marchó sin dejar rastro, y así pasó.

A las dos semanas de que mi amigo hiciese sus maletas y se despidiese de mí en el día que, sin yo saberlo, era el último que le volvería a ver, llamaron a la puerta. Como había pasado un tiempo razonable y sabía que Íñigo estaba bien por las cartas que me enviaba, abrí la puerta sin esperarme lo que me encontraría.

Eran dos hombres y una mujer, los tres llevaban gafas de sol y unas cadenas de oro que debían valer varios millones. Supe que eran ellos en cuanto abrí la puerta porque llevaban el cuerpo entero tatuado, un signo distintivo de los miembros de esa mafia. Entraron empujándome y una de las mujeres me apuntó con su arma, - ¿Dónde

está? -Me habló en español, así que asumí que debía ser la cara que había detrás del número al que pasábamos la información.

- ¿Quién? -Le dije. Se miraron y chapurrearon algo que no entendí, a pesar de llevar casi un año en Japón no entendía ni una palabra.

- ¿Dónde está Íñigo? -Insistió esta vez gritando. En ese momento, el más terrorífico de mi vida, pensé en mi amigo y repetí todo lo que tenía que decir, palabra a palabra, cerrando los ojos y esperando que me creyeran y se largasen de allí cuanto antes.

Así fue, la mujer que me apuntaba bajó el arma en cuanto escuchó que apenas llevaba alquilada en esa casa dos semanas. -Espero que sea verdad, -dijo en un español bastante pésimo, y se fueron por donde habían venido. Al cerrar la puerta me sentí aliviada, y a la vez asustada imaginándome lo que le harían a mi amigo si lo encontraban.

Esperé dos días por precaución y llamé a los tres números con los que solía llamarme Íñigo para que no le localizasen, pero en ninguno de los intentos obtuve respuesta.

Ya queda poco para que se inicie el “desconfinamiento”, y pronto volveremos a nuestras vidas ajetreadas en las que nos importa una mierda la vida de los demás, así que hoy he cantado un poco, porque Juana se lo merece, y porque hoy estoy especialmente feliz, hoy me ha pasado algo que me ha cambiado la vida, y es el motivo de que os esté contando todo esto. Así que he cantado *Hey Jude* de los Beatles, porque así es cómo me suena esta nueva etapa que me espera, como una de las canciones más emblemáticas de la historia.

Durante los días posteriores a que aquellas personas me amenazasen en mi propia casa estuve buscando trabajo. Tenía mucho dinero, pero si quería quedarme en Japón tendría que buscar un trabajo para tener un seguro cuando aquello se acabase, además, con el ritmo de vida que llevaba ese momento llegaría pronto.

Al quinto día por fin recibí una llamada de un número oculto. Era Íñigo, se preocupó mucho por lo que le conté. -No te preocupes, yo estoy a salvo, -me dijo con aquella seguridad con la que habla una persona que cree que puede escapar de una de las bandas de crimen organizado más peligrosas del mundo.

Durante los meses posteriores estuvimos intercambiando cartas y llamadas en número oculto. Íñigo me contó que había conocido a alguien y que era muy feliz, se habían ido a vivir juntos. Me dijo que pronto, cuando fuese seguro, vendría a por mí para llevarme con ellos y para que la conociera. -Te va a encantar esto, Eva, tienes que conocerla, -me dijo.

Encontré trabajo como profesora de español en una academia de niños pijos japoneses del barrio. No pagaban mucho, pero para aquel entonces bajé el ritmo de vida y empecé a pensar en ahorrar para un futuro, y a replantearme volver a España.

A los cuatro meses de que tres miembros de una banda criminal llamasen a mi puerta, mi amigo dejó de mandarme cartas y de contestar a mis llamadas ocultas. Parecía como si se hubiese esfumado. Para ser completamente sincera no me preocupé en exceso, confiaba mucho en él y en su inteligencia, que tantas veces nos había salvado la vida.

Os estaba contando que hoy es uno de los días más felices de mi vida, y digo uno y no "el día" porque sé que habrá mejores, estoy segura después de la noticia que he recibido.

Esta mañana estaba *teletrabajando* y me ha llamado un número de otro país. Cuando el teléfono ha emitido los primeros sonidos he mirado la pantalla, +38, prefijo telefónico de Japón, he sostenido el teléfono unos segundos mientras temblaba y casi se me cae al suelo, pero finalmente he contestado.

Ya habían pasado tres semanas sin noticias de mi amigo cuando un número desconocido se iluminó en la pantalla de mi móvil. Curiosamente, no sonó el tono de teléfono antiguo estridente que venía predeterminado y que tanto odiaba, sino una canción japonesa horrible, triste y oscura, y me pregunté cuándo había cambiado yo el tono de llamada, más tarde lo entendí.

Era la policía filipina, habían encontrado el cuerpo de mi amigo en una caseta pesquera de El Nido, en Palawan. Al parecer, el cuerpo había sido hallado junto a otro cadáver. La cabaña estaba completamente desmantelada, se lo habían llevado todo, y encontraron un objeto y una nota con mi nombre y mi número de teléfono.

Cada vez que lo recuerdo intento reconducir mi mente hacia la parte positiva, porque es lo que mi amigo querría que hiciese. Él me ha dejado la herencia más bonita que pueda existir, y pronto conoceréis la historia al completo.

Cuando he acabado de cantar he dejado a Lili dar su propio espectáculo. Creo que los vecinos prefieren oírla a ella. Yo simplemente la acaricio para que deleite a todos con el sonido de la esperanza.

Ese mismo día volé a Manila, y por la noche a El Nido, Palawan. No pude ver mucho porque las nubes cubrían el cielo sobre el que volaba aquel avión, y las lágrimas se desbordaban en mis ojos.

A la mañana siguiente estaba reventada entre aviones y transbordos de tren, hacía un calor horrible, pero me asexé como pude y recorrí las calles de aquel lugar

hasta llegar a la comisaría. No pude evitar fijarme en cada detalle de aquel maravilloso sitio, un pequeño municipio pesquero con unos paisajes soberanamente extraordinarios, me quedé sin palabras.

Me costó encontrar la comisaría. Era un edificio de tres plantas desconchado por completo, pintado a trazos desiguales de blanco y azul añil. Cuando me presenté allí y conté, como pude, quién era, vinieron dos agentes muy simpáticos que se ofrecieron a acompañarme al lugar de los hechos.

Mientras estaba dentro, el patio que precedía la entrada de la oficina se llenó de residentes que murmuraban mi nombre. No daba crédito cuando supe a que se debía. Muchos hablaban un inglés poco inteligible del que pude sustraer algo de información. El caso es que Íñigo, al parecer, había estado trabajando en una *Call Center*, un tipo de empresa que proporciona servicios de atención al cliente en español, muy habitual allí. Al contrario que la mía, su vida era lo más alejado del lujo que os podáis imaginar. Atendía las llamadas desde su cabaña a orillas del *West Philippine Sea*. Según los vecinos, se había enamorado de una mujer filipina, hija de una familia *súperquerida* en la zona, y se había dedicado, en sus ratos libres, a ayudar a la comunidad, por lo que absolutamente cada persona que residía allí, le conocía.

Por supuesto les había hablado a todos de mí, y cuando se enteraron de que había llegado e iría a por sus cosas todos quisieron conocerme. Se fue siendo lo que mejor sabía ser, él mismo, no perdió su esencia.

Los civiles me acompañaron a la cabaña. Era modesta pero muy bonita, hecha de madera pintada de rojo y con el techo de cañizo. Nada más entrar había un pequeño sofá debajo de una estantería llena de libros y a un lado del humilde salón estaba lo que hizo que no tuviera duda de que era la casa de mi amigo, un escritorio

enorme con dos ordenadores y cientos de cachivaches informáticos que solamente él sabía utilizar.

Al fondo de la cocina había dos puertas; una daba a un pequeño aseo y la otra a un pasillo con dos habitaciones. Al entrar en la primera de ellas, la encontré completamente vacía. Supuse que los padres de su mujer habrían visitado la casa antes que yo. Lo que había en la segunda fue lo que cambió el rumbo de mi vida.

En medio de la estancia encontré una nota con mi nombre, Eva. Estaba apoyada sobre una Gibson acústica del 86. Para los no entendidos, es una guitarra única en el mundo, una reliquia. En un primer momento pensé que el muy capullo me había hecho ir hasta allí para dejarme una guitarra, pero qué guitarra.

Cuando la vi no pude evitar cogerla y tocar un par de notas. En cuanto escuché sus primeros sonidos supe cómo llamarla, Lili, sonaba precioso. Yo y mi manía de ponerle nombre a todos los objetos.

Sé lo que estáis pensando, una loca que habla con una guitarra. Bueno, puede ser, pero vivir sola se hace cuesta arriba a veces y cuando le cuento mis cosas a Lili me da la sensación de que Íñigo me escucha. Y cuando la toco para los demás siento como si él viajase hasta la gente que está escuchando, como si pudiesen conocerle un poco y él tuviese la capacidad de hacer que sus vidas suenen un poquito mejor.

Y no, no he contado todo esto para acabar diciendo que una guitarra cambió el rumbo de mi vida. Lo que encontré cuando leí la carta me dejó en tal estado de shock que tuve que agarrarme a una de las paredes para no desmayarme.

“Querida amiga, sé que estoy en peligro, sabes que soy lo suficientemente inteligente para saberlo. Espero que nunca leas esta carta, pero si lo haces es porque han venido a por mí, ya sabes, últimamente algo no me suena bien. Te escribo para decirte que seas feliz y

que disfrutes de la vida como he hecho yo, he encontrado al amor de mi vida y un lugar dónde me quieren en el que soy muy feliz. No olvides vivir a tu manera y llevar tu gran intuición por donde quiera que vayas. Si alguna vez dudas, toca mi guitarra, dependiendo de cómo suene sabrás el camino.

Por último, me gustaría pedirte algo muy importante: si mi mujer y yo ya no estamos, por favor, cuida de ella, es lo más grande que tengo, por favor, Eva, cuida de mi hija,

te quiere, Íñigo.”

Ahora todo tenía sentido, la habitación vacía, ese “tienes que conocerla”, no se refería a su mujer, se refería a su bebé.

En ese momento yo tenía todo planeado para volver a España. Tenía veintisiete años y una vida entera por delante, y no estaba segura de querer hacerme cargo de una niña, pero entonces decidí hacer lo que Íñigo me había recomendado, escuchar a Lili.

El número que me ha llamado esta mañana era del Tribunal de Familia de Japón. Por fin, después de dos años, me han concedido la adopción. Durante todo este tiempo he estado planteándome si seré buena madre para ella, pero creo que estoy preparada. Cuando me enteré, ella tenía 6 meses y no me dejaron verla. Inicié todo el proceso desde España en cuanto encontré un trabajo fijo, y desde ese momento he estado pensando nombres, pero ninguno me parece el adecuado, así que hace poco decidí que cuando le viera la carita lo sabría.

Mi cara ha debido ser un poema cuando me han dado la noticia esta mañana, ya no por el hecho de concederme la adopción, ya que sabía que tarde o temprano el momento llegaría, sino porque me han dicho que había un dato que se les había

pasado por alto al tramitar todo el proceso y que a veces comentan a los padres adoptivos para que tomen la decisión que crean conveniente: la niña tenía nombre.

Espero que la historia de mi vida no haya defraudado. Cuando he comentado al principio el tema de la felicidad, lo he hecho porque creo que la felicidad está en no esperar nada, en dejarse llevar, bailar con la canción que tiene escrita la vida para ti y aprender a acariciar las notas de tu historia para buscarles un sentido.

El sentido a mi vida no se lo ha dado solo mi hija, se lo ha dado el esfuerzo y la dedicación, la pasión que he dedicado siempre a todo lo que he hecho y la manera de vivir que me enseñó mi mejor amigo, como dice Leiva: *“Como si fueras a morir mañana”*.

Por eso este confinamiento me ha hecho reflexionar, porque nunca hay que conformarse, no hay que pasar por la vida sin intentar, aunque sea un poquito, dejar algo de huella, como hizo él. Y espero que esta situación que estamos pasando sirva a la gente para darse cuenta de que aquello que hacemos cuando pensamos que “moriremos mañana” es aquello que hay que hacer absolutamente todos los días cuando tenemos la certeza de que vamos a vivir.

Por cierto, me falta concluir la historia, a la que he podido poner punto final esta mañana para empezar una nueva y mucho más bonita.

Cuando se llevaron a la bebé de allí encontraron su nombre en algunos de sus objetos personales, y han querido decírmelo a pesar de que, al ser tan pequeña, podría cambiárselo si quiero. Me he quedado de piedra al saber cómo le puso Íñigo a su hija, a mi hija. Se llama Lili, no sé cómo os sonará a vosotros, pero yo creo que va a ser un *temazo*.

S.D.R